

protestantes, esclavos por el ejemplo de sus principes, se  
 reuena en Francia, y sigue por las de la lig. a las de  
 Sajonia y Polonia de Hesse. Los bávaros se reuena en la  
 best. el año 1533 para reuena la elección de Fernando  
 como Rey de Hungría, sobre el cual Carlos V. y a las  
 instituciones imperiales. Al mismo tiempo se reuena a  
 todo subsidio para el sueldo del sueldo, siguiendo la en-  
 señanza que en otro tiempo les dió su padre, no porque  
 ellos considerasen al sueldo como un enemigo, sino  
 por oponer dificultades al sueldo. Luego los hijos de  
 el sueldo y sueldo, que era el sueldo de un concilio  
 nacional, para reuena el concilio general cuando se hubiese  
 reuenido. En 1533 en Zúrich, reuena el concilio  
 ofrecio la paz a los herejes, quienes se reuena en  
 formos marciales por el sueldo de Urbano II. En  
 paz, debía este sueldo en su territorio de sueldo; el sueldo  
 los sueldos es de sueldo, la paz de sueldo, no sueldos  
 derechos y de sueldo sueldo, y una muerte en el sueldo,  
 la paz con Cristo, es de sueldo, el odio de sueldos sueldos,  
 y la paz en la paz de sueldos. — Tempestades del sueldo,  
 hostilidades del sueldo, sueldo del sueldo, una sueldos  
 eion del sueldo y vida en el sueldo.

El protestantismo reuena también reuena con los  
 disidentes, de sueldo, dice un sueldo reuena, que  
 el sueldo que en 1530 reuena el sueldo, no se reuena  
 y progresive un sueldo y el sueldo sueldo, no se reuena  
 en 1533 un sueldo por donde poder sueldo. Quien no  
 estaba contento con el sueldo, era su sueldo.  
 Una de las sectas, el sueldos, fue luego sueldo.  
 mas ya no se a sueldo, las sueldos para sueldo a su  
 sueldo en la comunión cristiana. Y a los a ver, que los  
 sueldos por el sueldos sueldo a la sueldos.

Melchor Hoffmann anuncia a los habitantes de Stras-  
 burgo el sueldo como de los hijos de Dios. «Escuchad, los  
 hijos de Dios, el sueldo de Dios ha descendido a mí, me ha tra-  
 formado en ángel, y derramado sobre mí el sueldo de Dios.  
 Descendido que me empriera, y como un capataz una luz  
 un sueldo que me a sueldo a Jerusalen.  
 muchos los sueldos de sueldo. Un sueldo que ha  
 de venir, que desueldos al Rey de Babilonia, que  
 reuena el sueldo, que sueldo a los hijos de Is-  
 rael un sueldo que sueldo a su sueldo. Los  
 sueldos de sueldo han descendido a la sueldo  
 que ha de sueldos a los sueldos, y uno de ellos su  
 Melchor Hoffmann predica contra Lutero. — Strasburgo acepta las ideas  
 del profeta. — Disputas en Augsburgo entre anabaptistas y luteranos.  
 — Munster. — Rothmann y sus dogmas. — Lutero no quiere que la voz de  
 los anabaptistas se haga oír en la Dieta. — Lamentos de los profetas. —  
 Aquellos triunfan desde luego en Munster. — Sitio y toma de esta ciu-  
 dad. — Muerte de Juan de Leyden. — Gozo de la Reforma. — Esta recurre  
 a la espada política. — Actos del sínodo de Homburgo. — Destierro,  
 confiscacion y muerte a los anabaptistas, impuestos por la Asamblea  
 protestante. — Decreto de Homburgo contra los herejes. — No es mas que  
 la paráfrasis del comentario de Lutero al salmo 82. — Versatilidades de  
 la palabra de Lutero.

CAPITULO XXXVI.

LOS ANABAPTISTAS. — 1534-1535.

El conde de Frisia era uno de los protectores declara-  
 dos del anabaptismo; dicea que se habia hecho rebautizar  
 secretamente. Embden, la capital, y el foco de la nueva  
 herejia, habia enviado a la Dieta de Augsburgo misione-  
 ros que detenian a los transeuntes con sus gritos, dicién-  
 doles: «Volved a recibir el bautismo, si no, no vereis el rei-  
 no de los cielos.» El mas fogoso de estos predicadores era  
 un discípulo de Melchor Hoffmann, que habia tomado el  
 nombre de Elias, y se distinguia por sus furiosos arrebatos  
 contra los zwinglianos y luteranos, a quienes acusaba de  
 inmoralidad y relajacion. Atacaba a Lutero, a sus costum-  
 bres y a sus doctrinas.

Melchor Hoffmann anunciaba á los habitantes de Strasburgo el único reino de los hijos de Dios. «Escuchad, les decia: el Espíritu-Santo ha descendido á mí, me ha transformado en ángel, y derramado sobre mis labios un licor desconocido que me embriaga, y sobre mi cabeza una luz, un fuego que me abrasa. Yo he de reedificar á Jerusalem, muertos los primogénitos de Egipto. Un nuevo Ciro ha de venir, que, desarmando al Rey de Babilonia, que romperá el arco de Nemrod, que abrirá á los hijos de Israel un nuevo camino para volver á su país natal... Los siete ángeles del Apocalipsis han desenvainado la espada que ha de esterminar á los infieles, y uno de ellos ya se prepara á derramar su ampolla en los espacios: el reinado del Antecristo toca á su fin.»

Strasburgo, la ciudad sabia, la ciudad de las letras, la Atenas de la Alemania en esta época, escuchó estos desvarios.

Cuando Lutero habia empezado sus predicaciones, Strasburgo habia abrazado la simbólica sajona sobre las indulgencias, el purgatorio, el pontificado y la Cena. Mas tarde, el Rin trajo de Zurich los dogmas de Zwinglio sobre la Eucaristia; Strasburgo se replegó á la confesion helvética. Sobreviene Bucero con una nueva doctrina, y Strasburgo se hizo bucerano. Aparece Melchor Hoffmann, y Strasburgo le da un asilo y se vuelve á la dogmática del iluminado. Mas no para aquí: vienen otros apóstoles atacando á aquel tropel de doctores heterodoxos que les habian precedido; es decir, Carlostadio, Lutero y Zwinglio, y arrebatá á cada uno de ellos un artículo de su *Creeddo*, de donde hacen nacer una confesion que ni pertenece al luteranismo, ni al zwinglianismo, ni al anabaptismo, y Strasburgo adopta este simbolo, porque no tiene ni la forma ni el color católico.

Strasburgo estaba representada en Augsburgo por doctores de todos los matices: zwinglianos, luteranos, carlos-

tadianos, buceranos. Los mas ardientes eran los anabaptistas: el mismo dia de su llegada, aun sin autorizacion del Senado, que daba á Lutero la preferencia sobre todos, establecieron conferencias, donde se lanzaba un insolente reto á los disidentes. Este reto fue aceptado por un luterano.

—¿De quién tienes tú la mision de predicar? preguntaba este al anabaptista.

—¿De quién? respondia este. ¿Tú no conoces el libro donde tu maestro dice que ha leído toda su vida? ¿Qué hay escrito en aquel libro inspirado? «Que el amor de Cristo es un título suficiente para predicar su palabra.»

El anabaptista, para probar que los luteranos no tenían la prenda de que habla el Apóstol, se dedicó á trazar un cuadro satirico de las costumbres de los reformados, representando á estos discípulos del nuevo Evangelio en los momentos de escalar los claustros, para arrebatár las novicias y contraer alianza con ellas en las tabernas, hartándose de vianda y de licores, y rompiendo el voto de castidad en cada taberna que encontraban.

El populacho reia.

Mas el luterano esperaba el momento en que la muchedumbre callaba para responder á su adversario.

—Apóstol de iniquidad, tú calumnias á San Pablo; tú blasfemas del Evangelio. Es muy cierto que todo cristiano debe practicar las obras de caridad; pero no todos son aptos para la predicacion evangélica, para anunciar la palabra divina. Para difundirla se necesitan otros títulos y otra mision que la santidad de costumbres y el amor del prójimo.

—La vocacion, sin duda, replicaba el anabaptista; ya te comprendo; pero, dime, ¿de quién tienes tú esa vocacion?

—De los magistrados; de ellos hemos recibido el derecho de publicar el Evangelio.

—Y yo de la elección de nuestras iglesias; nuestras iglesias, ¿no valdrán tanto, al menos, como tus magistrados?... Abre en cualquier parte el libro de todos, para tí letra muerta, y viva para nosotros: ¿dónde has leído tú que el Cristo ha conferido á los hombres del poder el derecho de nombrar apóstoles, y decirles: «Id, predicad y esparcid por do quier la palabra de vida, el nombre de Cristo, la sabiduría de los hombres?»

En este caso el anabaptista se inspiraba, y alzando los ojos al cielo, como que quedaba en éstasis, y despues con voz profética anunciaba al pueblo su venida en nombre del Eterno, que le habia hablado entre sueños, diciéndole: «Levántate; toma el camino de Augsburgo; yo iré en tu compañía, y seré en tu viaje como la estrella benéfica que precedió á los Reyes magos: yo pondré en tus labios la sabiduría; tú anunciarás mi palabra al pueblo de la imperial ciudad; yo ablandaré los corazones, y torrentes de miel fluirán de tu boca.»

Ordinariamente terminaban estas ridículas escenas por la dispersion del gentío, obligado á separarse de allí por la fuerza de los hombres de armas que enviaba el Senado: el predicador anabaptista bajaba de su púlpito, y se marchaba á otra plaza ó calle, donde volvía á reunir al populacho.

En otra parte un predicador llegado de Munster convocaba á sus oyentes para una conferencia al aire libre. Era este uno de aquellos mil teólogos nacidos bajo el sol de esta nueva Sion de los tiempos modernos, que proclaman las ideas fanáticas á que Lutero habia hecho doblar la cerviz, que deseaban representar el papel y usurpar su puesto al sajón, que se llamaban profetas y se daban los nombres bíblicos de Elías, Enoch y Moisés.

¡Desventurados delirantes! ¡La *Cautividad de la Iglesia de Babilonia* os apagó la luz de la razón! Inteligencias incultas, sin escuela ni conocimientos, salidas súbitamente

del polvo donde debian morir, estraviadas por la lectura indocta de los libros de la herejía: vedlas persuadidas de la mision y el derecho de regenerar al mundo.

Munster, verdadera Tebaida antes de la aparicion de Lutero, dormia tranquila bajo el báculo paternal de sus Pastores; mas de pronto fue convertida en morada del motin y el desorden turbulento, deseosa de figurar y aspirando á igualar á Wittemberg. Era una ciudad rica y floreciente, de gran importancia comercial, y donde se cultivaron con éxito las letras humanas. Amaba la antigüedad, la Grecia sobre todo, cuyos poetas habia ilustrado y explicado. Esta era su pasión cuando apareció Lutero; en este caso esta ciudad semigriega, semilatina, por sus costumbres y sus títulos, se arroja al campo teológico, y sus profesores, abandonando á Ciceron y Homero, se convierten en eserutadores de los Libros Santos. ¡Dios sabe cuántas cosas nuevas encontrarán en estos Santos Libros, jamás conocidos ni enseñados por nuestros sacerdotes! Entonces todas las clásicas divinidades del Olimpo se ahuyentaron de Munster, como las golondrinas en la primavera, pero para nunca mas volver, y su lugar le ocupó un escolasticismo amargo, quisquilloso y charlatan, que trastornó el reposo entre los estudiantes, los maestros y el pueblo. La marcha revolucionaria de todas las sectas y errores es siempre la misma: desde luego se lanzan mil pullas y dichos picantes contra la ignorancia del clero y groseras bur-las contra la destemplanza de los regulares y contra su ignorancia; profesores, discípulos y hasta el mismo pueblo, todo sonrie en la ciudad de Munster; mas la revolucion crece, toma fuerzas y ardor: invade la cátedra católica, donde á presencia del mismo Senado no teme publicar sus sofismas. De la cátedra pasa al Santuario; una vez allí, vuela las imágenes, rasga las vestiduras sacerdotales, se arma luego, y ataca y destruye los conventos. Saqueados y arrasados los conventos, se precipita sobre los

presbiterios, y asesina á los sacerdotes como tildados de seguir el papismo.

En este momento aparece un restaurador de la palabra divina, jóven del pueblo, que habia sido en otro tiempo niño de coro de la iglesia de San Mauricio, y á quien algunos canónigos habian enseñado las letras latinas. Se llamaba Rothmann. Cuando Lutero habia predicado contra las indulgencias, el ruido de sus sermones habia llegado hasta Munster, y hécho nacer en el corazon del adolescente un deseo irresistible de oír al monge. Entonces partió lleno de dudas y ansiedad. Lutero creyó haber conquistado un discípulo, que trabajaria incansable en la obra comun. Mas Rothmann fue seducido por Melanchthon, y, sobre todo, por Carlostadio. La lectura de Zwinglio esparció nuevas tinieblas en su espíritu, y el libro que apareció en 1531 con el nombre de *Restablecimiento*, le hace cambiar de rumbo, y del sacramentarismo pasa al anabaptismo. Rothmann creía en la alquimia y trasformacion de los metales, en el fatalismo y en el demonio de Zwinglio. Para probar un día que Jesucristo no estaba en las especies sacramentales, toma del cáliz algunas hostias consagradas, y las deja caer en tierra, diciendo al pueblo, enmudecido de asombro: «Ved, ¿hay ahí sangre? ¿Hay ahí carne? Si Dios estuviese en ese símbolo, él se levantaria y se subiria sobre el altar.» Este fue tambien el argumento que cierto sacerdote usó para probar la no existencia de Dios: «Si Dios existe, decía, que me hiera: yo le niego.» Mas esperaba su día, y este día llegó. Rothmann, como todos los reformadores de algún nombre, se hubo de casar *por continencia*, y formular una confesion de fe, que á su entrada en Munster quiso imponer violentamente á los católicos. Esta exemológisis en nada se parecia á la simbólica luterana; era una obra de progreso, en que establecia la necesidad de una inmediata comunicacion entre Dios y la criatura, bajo ciertas condiciones que él marcaba, entre las cuales era la prime-

ra la destruccion del papismo. Los católicos despreciaron estos delirios, que tambien fueron objeto de burla para Lutero. Rothmann seguia su camino.

«Responded á Rothmann, decian sus discípulos en Augsburgo; católicos, luteranos, zwinglianos, todos marchais por las sendas de perdicion, y la voz de mi maestro sola será la que os abra las puertas del cielo: todo el que no marche por su via, será precipitado en las tinieblas de la eterna reprobacion.»

La llegada del Emperador puso fin á todas estas predicaciones: zwinglianos y anabaptistas guardaron un profundo silencio. Esperaban confesar su fe en plena Dieta, como los protestantes, autorizados al efecto, y mostrar entonces en el libro del Evangelio la filiacion dogmática de sus opiniones. Pero se engañaron. Melanchthon y Lutero, sobre todo, no querian que se les oyese. El segundo escribió desde Coburgo á Felipe que todo estaba juzgado; que la doctrina de Zwinglio y de Rothmann era diabólica, y que se debía esterminar á estos propagadores de la pestilencia y á estos lobos devoradores, que devastaban el rebaño de Jesucristo. Así, pues, era Lutero. ¡Negaba á estas sectas los medios de justificarse, les cerraba la boca, y les llamaba hijos del diablo, porque, como él, habian hallado en un texto del Nuevo Testamento la necesidad de un segundo bautismo! Y no solo habia procurado á su comunión la vida material, sino que tambien solicita templos, altares, derechos de ciudad; y si alguno de sus hermanos pide, no ya iglesias, ni vasos de oro, ni edificios públicos, ni protección, ni calor, ni alimento, sino un poco de piedad y misericordia, Lutero le rechaza!

Que no se nos objete, para justificar á Lutero, que la doctrina de Rothmann habia sufrido una trasformacion política que amenazaba á la magistratura y debia arruinar el edificio social. Jamás habria el anabaptismo ensangrentado la Alemania si Lutero le hubiese tomado bajo su

proteccion y hubiera dejado á sus discípulos la libertad de publicar sus visiones. Bajo el punto de vista católico, varia de aspecto la cuestion: el anabaptismo, en el tribunal de la autoridad, es un hijo rebelde á quien las leyes pueden castigar; mas á los ojos de los luteranos, ¿qué es este mas que un anabaptista? Cuando mas un cristiano que yerra, y no un hereje, toda vez que su fe se deduce de su razon, y que la luz de su inteligencia aclara cada uno de los puntos controvertidos de los testos. Rothmann en Augsburgo es como decir Lutero en Worms.

Conviene oír las declamaciones que exhalan contra el doctor los escritores favorables de los fanáticos. En su cólera le emplazan al tribunal de Dios en aquel dia terrible en que el ángel hará levantar á los muertos al sonido de su terrible trompeta; quieren destilar sobre su cabeza y clamar la sangre de sus profetas inmolados despues de la Dieta de Augsburgo, en que el cenobita sofocó su voz. El catolicismo no tiene necesidad de evocar el sonido de la tremenda trompeta del juicio final para acusar á los anabaptistas de la muerte de tanto sacerdote arrancado de sus maternales brazos en el obispado de Munster, de tanta iglesia incendiada, de tantos miles de estatuas arrojadas al fuego, de tantos códigos preciosos donde borraron las disposiciones eclesiásticas, de tanto monasterio que ellos saquearon mas terriblemente que los mismos luteranos. Desde luego triunfaron. Despues de su primer victoria, el Senado dió un edicto, que mandaba en nombre de Cristo y su Evangelio la devastacion de las iglesias. El pueblo obedeció. Se vió una multitud, que se decia llena del espíritu de Dios, arrojar sobre las puertas de los templos, romperlas á hachazos, incendiar los órganos y los púlpitos, arrastrar por la plaza pública las imágenes y las pinturas, donde una gran hoguera las redujo pronto á cenizas, extraer las reliquias de los Santos de donde se hallaban, arrojar al aire las cenizas de los mártires, beber en los vasos sagra-

dos, y dar fin, por cumplir en el lugar sagrado, y á la luz de sus cirios profanadores, con el precepto dado á nuestros primeros padres de crecer y multiplicarse.

En este dia de sacrilegios Munster recibió el renombre de *Nueva Sion*; y diciéndose en un rescripto de Rothmann que en adelante no se necesitaban para nuestra salud más libros que la Biblia, y que era conveniente quemarlos como inútiles ó perjudiciales, á las dos horas perecía en las llamas la biblioteca de Rodolfo Langio, casi toda compuesta de inestimables manuscritos griegos y latinos.

Mas Dios se apiadó de la anciana iglesia de Munster. La ciudad estaba sitiada. Habia la primavera hecho nacer en las murallas y jardines de la misma alguna poca verdura. Juan de Leyden, el nuevo profeta, la habia hecho segar y repartir á sus soldados; mas un viento violento, acompañado de nieve y hielo, arrasa y destruye estos tallos de yerba; los sitiados, sin una salida afortunada que hicieron, á despecho de las órdenes de su profeta, hubiesen muerto de hambre. No hubo una voz entre este pueblo de cadáveres que se elevase pidiendo gracia. El Obispo, que por momentos estrechaba el sitio, tuvo piedad de aquellos desgraciados, y envió á Juan de Leyden un soldado para intimarle, en nombre de Dios, entregase la plaza. Las intimaciones del Obispo fueron desoidas: los anabaptistas estaban decididos á morir: uno de ellos, montado en un caballo é imitando al ángel, sonó la trompeta, y anuncia en alta voz que los muertos iban á salir de sus fosas y venir en socorro de la ciudad. Mas los muertos siguieron su tremendo sueño. El cañon batia inútilmente, despues de un mes, la muralla de la ciudad rebelde: solo la traicion abrió sus puertas... El ejército episcopal avanza hasta entrar en la plaza mayor. Solo restaban dentro de murallas unos 300 anabaptistas, los cuales, replegándose tras de unas carretas, murieron batiéndose al son de sus cánticos